



DAVID WELLINGTON

32  
COLMILLOS

Laura Caxton lo ha perdido todo en el transcurso de su lucha contra Justinia: la vida de su familia y amigos, su libertad... puede que hasta su humanidad. Pero incluso ahora, reducida a una existencia solitaria como fugitiva, Laura no se rendirá. De hecho, tiene un plan que obligará a Justinia a ir a por ella y que provocará que las dos enemigas se enfrenten por última vez. Pero Justinia es astuta y también tiene sus planes, planes que incluyen a algunos de los amigos supervivientes de Laura, un batallón de policía y un ejército de esclavos no muertos.

*Para todos los que leyeron los libros anteriores.  
Vosotros habéis hecho que esto sea una realidad.  
Sois fantásticos y no puedo agradeceréroslo lo suficiente.*

## 1702

—¿Qué clase de monstruo eres? —preguntó el padre, mientras le daba un puñetazo tras otro en el estómago a tío Reginald—. ¡La niña no tiene más que siete años!

—¡James, te lo suplico, basta! ¡Soy completamente inocente! —gritó el tío, igual que había estado gritando desde que había empezado a golpearlo—. Ella me pidió que le diera un caramelo y yo simplemente le dije que no, pero...

—No es así como ella lo cuenta —insistió el padre. Le volvió la espalda durante un momento, hirviendo de furia, y cogió lo primero que tenía a mano: unas tijeras de podar afiladas como navajas. Clavó profundamente las tijeras en la caja torácica de su hermano, y las retorció. Entonces, tío Reginald dejó de gritar, pero todo su cuerpo sufrió una convulsión cuando las hojas atravesaron carne y tendones. En sus labios aparecieron gotas de espuma, y sus ojos, que habían estado tan hinchados por los golpes que permanecían cerrados, se salieron de sus órbitas—. Ella dice que le ofreciste unos caramelos si se bajaba sus paños menores. ¡Siete años!

El tío no respondió nada. A la niña no se le ocurrió que podría estar ya muerto. Y, evidentemente, tampoco se le ocurrió al padre, mientras clavaba una y otra vez las tijeras. La niña retrocedió cuando la sangre se derramó por el suelo sembrado de paja del granero. Detrás de ella, las ovejas contemplaban la escena con aire pacífico, como espectadoras totalmente desinteresadas.

Al fin, el padre dejó caer las tijeras de podar y se pasó por la boca una mano cubierta de sangre. Respiraba traba-

josamente y el sudor le corría por la calva y se le encharcaba en las orejas. Se volvió a mirar a la niña, y la expresión de su rostro fue una que ella jamás olvidaría. Ya no era de enfado. Se le había puesto la cara tan pálida como el papel, y tenía la boca abierta, con los labios flojos, separados para inhalar aire. En sus ojos había una expresión de ruego desesperado. Quería algo de la niña. Pero ¿qué? ¿Las gracias por lo que había hecho? ¿La validación de saber que había hecho lo correcto, que había sido un buen padre? ¿O sólo que lo perdonara?

Nunca lo sabría. De hecho, nunca volvería a ver a su padre después de aquel día. Se lo llevarían para someterlo a un juicio rápido y lo ahorcarían en la plaza del pueblo por fratricidio.

Pero todo eso ocurriría más tarde.

Aquel momento especial, el primero de sus asesinatos, quedó congelado en el tiempo: ella de pie ante las ovejas y apartada del charco de sangre cuyo tamaño aumentaba y amenazaba con llegarle a los zapatos. Era demasiado pequeña para entender lo que acababa de suceder. Era sólo en parte consciente de que en aquel granero había ocurrido algo muy importante, algo trascendental. Había habido tres personas, y ahora había sólo dos.

El padre dejó caer las tijeras de podar y salió corriendo por las anchas puertas del granero hacia la luz del sol. No habló con ella antes de marcharse. La niña se quedó a solas con el cadáver. Los ojos de su tío habían vuelto a retirarse bajo los párpados, y él no se movía, nada de nada.

La sangre se separó al deslizarse en torno a sus zapatos. Ella sintió que empapaba el fino cuero y le llegaba a la piel, y aunque había pensado que se sentiría repelida por la sensación, que su tacto húmedo le daría asco, fue un hecho muy simple el que la impresionó: la sangre era muy tibia.

Avanzó chapoteando por ella hacia el cuerpo del tío, como si jugara en un charco de lluvia. Era roja como los rubíes. Cuando llegó hasta su tío, se inclinó para mirar de

*cerca su rostro golpeado. ¡Qué diferente parecía ahora del hombre a quien había conocido durante toda su vida! ¡Qué curioso era que una persona pudiera cambiar con tanta rapidez! Ya parecía tener un millón de años de edad. Se inclinó más y le dio un beso en la frente.*

*Había sido completamente inocente, tal y como había afirmado. Ella había inventado la graciosa historia. ¡Qué fácil era inventar cosas! ¡Qué fácil era hacer que pasaran cosas!*

*—Deberías haberme dado el caramelo —le susurró.*

*Oyó que su madre la llamaba desde fuera del granero, con la voz timbrada de alarma.*

*—¿Estás ahí, niña? ¿Estás ahí? Justinia... ¿dónde estás?*

*La niña se volvió hacia la puerta y transformó su cara en una máscara. Una máscara de miedo, un miedo que no sentía. Obligó a las lágrimas a que afloraran a sus ojos.*

*—Aquí dentro, mamá —gritó—. ¡Aquí dentro!*

# 1

La televisión e Internet le habían dado al público la falsa impresión de que era imposible cometer un delito con impunidad en el siglo XXI. Que los adelantos de la ciencia forense y las técnicas de aplicación de la ley significaban que podía seguirse el rastro de los criminales a través de la prueba más sutil. Que si un ladrón o un violador dejaban tras de sí una simple fibra de su ropa, o apenas una fracción de huella dactilar, podía darse por atrapado.

Si fuera tan fácil como eso, a Clara Hsu no le dolería tanto la espalda.

Tenía treinta y un años, y comenzaba a sentirse como una anciana. Agachada en el suelo de un pequeño supermercado de Altoona, con una lupa de joyero sujeta en un ojo, gemía con cada paso acucillado que daba para estudiar el fondo de un estante de pastelitos. Buscaba cualquier cosa, y nada en particular. Las fibras eran casi imposibles de ver. Empolvar toda la tienda en busca de huellas dactilares llevaría días, ya que todas las superficies debían ser estudiadas de modo individual, bajo una luz especial y desde múltiples ángulos. Si encontraba algo, aunque fuera tan inocuo como una rozadura dejada en el suelo de baldosas por las zapatillas deportivas del criminal, se sentiría feliz. Había pasado todo el día trabajando en aquella escena, y continuado durante las horas del crepúsculo, y hasta el momento seguía insatisfecha.

En el exterior, al otro lado de las amplias ventanas de cristal que daban a los surtidores de combustible y las señalizaciones de colores, una sola luz destellante y cientos

de metros de cinta amarilla acordonaban la escena del crimen para separarla de la noche veraniega, que vibraba con el canto de los grillos. Dentro de la tienda estaban encendidas todas las luces para que ella pudiera ver mejor, mientras que en el sistema de audio de la tienda sonaba un éxito de la música pop que ella nunca había oído. Ése había sido el primer indicio de que estaba envejeciendo, que había dejado de estar al día de cuáles eran los Cuarenta Principales. La forma en que le crujieron las rodillas al ponerse de pie contribuyó a reforzar su sensación.

No había sangre en ninguna parte de la tienda. El adolescente que había estado trabajando detrás de la caja registradora había sido hallado muerto en su puesto, pero sin una sola mancha de sangre encima. Eso había llamado mucho la atención de Clara. Hacía ya dos años que estaba buscando precisamente ese tipo de asesinato. La policía local y las autoridades de doce condados sabían que debían llamarla a ella siempre que se produjera un asesinato exangüe, y ella siempre acudía cuando lo hacían. En noventa y nueve casos de cada cien, sólo significaba que la víctima había sido asesinada con un instrumento contundente que no le había herido la piel. Pero ella continuaba acudiendo siempre que la llamaban, y continuaba dedicándole toda su atención a cada caso.

La mayoría de los especialistas forenses querían escenas con sangre. Era fácil trabajar con la sangre; entre el ADN, los tipos y factores sanguíneos, la pauta de dispersión, los rastros de sangre que se alejaban de la escena, con la forma de la suela de los zapatos del criminal, y otra docena más de pistas, la sangre siempre hablaba.

Pero había un tipo de asesino que no tenía ADN. Ni huellas dactilares. Que casi nunca llevaba zapatos. Y que, a menos que tuvieran prisa, nunca dejaban ni una sola gotita de sangre tras de sí. Los vampiros tendían a ser muy minuciosos.



Por suerte para todos, se habían extinguido casi del todo.

Quedaba sólo un vampiro en el mundo. Justinia Malvern, que había logrado escapar, o al menos eso creía Clara. Hacía ya dos años que buscaba a Malvern, sin contar con el más mínimo apoyo oficial. Sus jefes creían que Malvern había muerto consumida por las llamas durante un motín acaecido en una prisión de mujeres dos años antes. Clara sabía que se equivocaban, pero de momento no había podido demostrarlo. En los dos años transcurridos era como si Malvern hubiera desaparecido de la faz de la tierra.

Y en la profesión de Clara, todo dependía de poder demostrar las cosas.

Suspiró al apartar a un lado una pila de Donettes para mirar detrás en busca de fibras. Nada. Miró detrás de los pastelitos de chocolate. Nada. Las caracolas de canela se burlaron de ella. Cogió un paquete y lo rasgó, para luego meterse en la boca una y comérsela. Había continuado trabajando durante la hora de comer, y tenía el nivel de energía lo bastante bajo como para que estuviera justificado interrumpir el régimen. Mientras masticaba el bollito, dejó caer la lupa de joyero del ojo y la atrapó con la mano libre, para luego metérsela en el bolsillo. Soltó el envoltorio vacío, que cayó al suelo, ante ella, y luego se masajeó ambos ojos con los pulgares. Presionó con la fuerza suficiente como para que, ante los ojos cerrados, estallaran destellos de luz. Parpadeó para librarse de la imagen residual, y luego tendió una mano hacia un pastelito de frutas.

Una sombra cayó sobre su brazo. Sólo por un momento, y luego desapareció.

—¿Hola? Ésta es una escena del crimen precintada —gritó, pensando que uno de los polis debía haber entrado para ver qué tal le iba—. Necesito mantener la integridad del espacio, así que...

La puerta del lavabo de la tienda estaba abierta, aunque no se veían más que sombras. Clara tenía la absoluta

certeza de que antes estaba cerrada.

Clara apoyó una mano sobre cada muslo y empezó a impulsarse hacia arriba para ponerse de pie. Todas las articulaciones de las piernas protestaron. Estaba segura de que quienquiera que estuviese en la tienda con ella oiría crujir sus rodillas por encima de la música del hilo musical.

—¿Hola? —volvió a llamar. No hubo respuesta.

La mayoría de los especialistas forenses no llevaban armas de fuego. Por lo general, no tenían permiso para hacerlo y, en cualquier caso, jamás se acercaban a una escena del crimen hasta que los polis uniformados hubieran despejado la zona y la hubieran precintado. No necesitaban armas. Pero a Clara, una profesora muy paranoica le había enseñado a asegurarse siempre. Bajó la mano hacia la pistola, sólo con la intención de soltar la correa de seguridad.

Sin embargo, antes de que pudiera hacerlo, un zapato apareció de la nada y se estrelló contra su mandíbula. La cabeza de Clara salió disparada hacia un lado, sus pies perdieron contacto con el suelo, y se desplomó.

## 2

Clara cayó encima de un expositor de revistas, y despararró los semanarios satinados por el suelo. El atacante le dio un puñetazo en un riñón y ella cayó como un peso muerto.

Ni siquiera había podido echarle un buen vistazo todavía.

Si ella hubiese sido alguien más fuerte, más rápido... si fuera Laura, pensó, ya tendría a aquel tipo en el suelo, esposado. Pero Clara no era una poli de película de acción. Nunca había querido serlo. Había querido ser una fotógrafa artística. Había querido ser famosa por sus exquisitos desnudos, o por sus naturalezas muertas, de una expresividad tal vez un punto patética.

Entrar en la policía había sido sólo una manera de pagar el alquiler.

Un puño se le estrelló contra una sien y estuvo a punto de desmayarse. Ante sus ojos danzaron puntos de luz, y se le entumecieron las manos. Las manos... había estado tendiendo las manos hacia... hacia...

Eso era. Tenía una pistola. Consiguió desabrochar la correa en el momento en que el atacante le pisaba un hombro. Sacó la pistola de la funda y disparó a ciegas hacia donde pensaba que podría estar el agresor.

Y... le acertó. Sintió que le caían sobre la cara fragmentos de carne, como tiras arrancadas de un pedazo de pollo. La carne estaba extrañamente fría. Había esperado que estuviese empapada de sangre, pero no lo estaba. No tenía tiempo para preguntarse por qué ni para sentir repugnancia, aunque sabía que al final vomitaría.

El atacante chilló, un lamento agudo que no se esperaba. Por el dolor tremendo que sentía, había esperado que el atacante fuese un tipo enorme, de más de dos metros de altura, un armario. Pero su voz se parecía más a la de una marioneta demoníaca.

Espera... no... no podía ser...

El agresor no se quedó para que pudiera echarle una buena mirada. Atravesó la tienda a toda velocidad, rebotó contra un expositor de libros de bolsillo que había junto a la caja, y salió por las puertas para perderse en la noche.

Clara parpadeó, intentando aclararse la vista. Se sentía como si se le hubiera desprendido una retina de un golpe.

En lo alto, el hilo musical se arrancó con otra canción pop.

Tenía que ir tras él. Tenía que darle alcance. Era lo que habría hecho Laura. Era lo que se suponía que debía hacer un poli. Bueno. Técnicamente, ella no era poli, sino especialista forense. Pero, técnicamente, se suponía que los polis ya deberían haber peinado la escena para asegurarse de que no hubiera ningún loco trastornado por las drogas escondido en el lavabo de la tienda. Clara se puso trabajosamente de pie. Le dolía todo. Resbaló sobre las satinadas revistas y casi se abrió la cabeza contra el suelo. Pero se levantó. Se puso de pie y miró al exterior, a través de las ventanas de la parte delantera de la tienda, con la esperanza de ver un rastro de sangre. Algo que pudiera seguir.

Pero encontró a su atacante de pie allí fuera, mirándola. Se encontraba junto a los surtidores de gasolina, iluminado por los focos de la tienda con tanta claridad como si fuera de día. Llevaba una sudadera de color amarillo con una capucha que le ocultaba la cara, y se cubría con una mano una herida que tenía en un brazo, seguramente donde ella le había disparado.

No había sangre en la manga. Maldición. Con que sólo pudiera verle la cara, lo sabría con seguridad. La cara... o tal vez la carencia de ella.

Cuando la vio, el tipo soltó otro chillido y echó a correr.  
—¡Cobarde! —le gritó ella. Dudaba que la hubiera oído a través del cristal.

Clara salió por la puerta de la tienda y lo persiguió.

## 1712

—Caballeros —dijo Justinia, sonriendo al establecer contacto ocular con cada uno de los tres jugadores—, el juego será el whist. Debe observarse un estricto silencio. —Sostenía las cartas cerca del escote para mantener la atención de ellos apartada de sus manos mientras repartía. Trece cartas para cada jugador, y la última para determinar los triunfos. Esta vez eran los corazones. El solitario as, rojo como una mancha de sangre, cayó en el centro de la mesa y la partida comenzó.

Por encima de sus cabezas, en la habitación de arriba que Justinia compartía con su madre, una cama comenzó a rechinar. El hombre que se encontraba frente a Justinia, su pareja de juego, rió, pero ella agitó un dedo para imponerle silencio. En un mundo tan inmundo y lleno de pecado como ése, el silencioso ritmo de la partida era sagrado para Justinia. Algo limpio que podía llamar suyo.

Lo cual no quería decir que no hiciera trampas con las cartas.

Para la viuda y la hija de Malvern no había sido fácil mantenerse fuera del asilo de los pobres. Al no contar con un hombre para mantenerlas, habían tenido que recurrir a ocupaciones poco tradicionales para pagar el alquiler y llevar comida a la mesa. Muy pronto habían aprendido que el mundo no era justo, y que no había ninguna razón por la que ellas debieran ser justas con el mundo.

La pareja de Justinia jugó la jota de corazones, iba fuerte. El hombre que se encontraba a la derecha de él echó el nueve. Justinia jugó la reina y guardó el rey porque sabía

que el compañero del hojalatero no podía superarla. Ella había dado la impresión de barajar los naipes, cuando, de hecho, sólo los estaba ordenando para conocer la mano de todos. En otras palabras, la baraja estaba amañada, aunque de una manera tan cuidadosa y aparentemente casual que se habría necesitado un auténtico maestro del juego para darse cuenta del engaño.

A la avanzada edad de diecisiete años, ya había aprendido que era mucho mejor ser listo que tener suerte.

Se llevó las cartas de esa jugada y de las dos siguientes, pero dejó que el hojalatero y su pareja se llevaran lo suficiente para no levantar sospechas. El hojalatero frunció el ceño, pero justo entonces bajó su madre por la escalera, vestida con poco más que un camisón. Parecía cansada, pero le hizo un gesto al hojalatero para que la siguiera al piso superior.

Comenzó otra partida con jugadores nuevos. Otra risotada cuando el techo empezó a crujir. El momento en que se produjo el ruido estaba cuidadosamente calculado para que atrajera la atención y la apartara de Justinia en el momento en que estaba barajando. Ella y su madre habían perfeccionado mucho aquel ardid.

Al final de la noche, ella había obtenido siete chelines, y mamá había ganado otro tanto en el piso superior. Cuando recogió las cartas para guardarlas y se levantó para apagar las velas, encontró al hojalatero esperándola junto a la puerta.

—Ya he catado a la doña, y ahora quiero probar a la niña —dijo con una sonrisa impúdica que dejaba ver huecos en su dentadura.

Ella fingió sentirse escandalizada, y casi le dio con la puerta en las narices, pero él le mostró un par de chelines y ella dejó que sus ojos se abrieran más.

—¿Tan poco ofreces? —preguntó, con tono de exigencia—. Todas las chicas poseen una cosa que pueden vender sólo una vez. Y deben pedir un precio adecuado.